

LOS DILEMAS DE LA AUTOBIOGRAFÍA POPULAR*

James S. Amelang
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

El título requiere una explicación. Sería más fácil empezar por el final. “Popular” se refiere a las clases bajas o subalternas. Utilizo el término “autobiografía” en su sentido más amplio de “ego-documentos”. El término “dilemas” trae a la memoria algunas de las posiciones de dificultad que se le presentan a escritores y lectores de la autobiografía popular.

ABSTRACT

This title needs some explanation. It may be easier to go from front. “Popular” refers to the lower or subaltern classes. I use “autobiography” in the broad sense of “ego-documents”. The term “dilemmas” invokes some of the positions of difficulty involving writers and readers of popular autobiography.

En primer lugar, el título requiere una explicación. Sería más fácil empezar por el final; “popular” se refiere a las clases bajas o subalternas, es decir, los artesanos y otros trabajadores en la ciudad, los campesinos y ganaderos en el campo. Es, por tanto, un vocablo impreciso. Lo que entendemos por “pueblo” no representa una categoría social unificada sino, salvando las variaciones de tiempo y espacio, una especie bastante heterogénea de clase media, o clase media baja. Sus integrantes vivieron, de forma precaria a veces, a caballo entre la clase plebeya, por debajo de ellos, y por encima los mercaderes, notarios y todos aquellos con acceso a niveles más altos de renta y diversos tipos de formación profesional¹.

Utilizo el término “autobiografía” en su sentido más amplio de “ego-documentos”. Ésta es una designación que engloba toda forma literaria en primera persona

* Este artículo es una versión revisada de “The Dilemmas of Popular Autobiography,” en Kaspar von Geyserz, Hans Medick y Patrice Veit, eds., *Von der dargestellten Person zum erinnerten Ich: Europäische Selbstezeugnisse als historische Quellen, 1500-1850* (Böhlau, Colonia, 2001), pp. 431-438. Agradezco a los redactores y la editorial el haberme dado permiso para basar este texto en la versión original en inglés.

¹ Para algunas reflexiones más detalladas sobre esta cuestión, véase mi artículo “El pueblo y su cultura: aproximaciones históricas”, en *Pueblos, naciones y estados en la Historia* (Universidad de Salamanca, 1994), pp. 97-107.

que expone o revela experiencias personales². Dicho término incluye normalmente diarios, crónicas familiares, algunas (que no todas) cartas, relatos de viaje, diarios y autobiografías espirituales, y un largo etcétera, además de las autobiografías propiamente dichas, que son muy escasas con anterioridad al siglo XVIII. Es, como el "pueblo", una categoría irremediablemente imprecisa. Sin embargo, cuenta con una ventaja, su amplitud, la forma en la que atrapa en su red el abanico más amplio de textos posibles cuyo resultado final, voluntariamente o no, es el reflejo narrativo de la vida vivida³. Si se une la práctica cultural de la "escritura del yo" con la porosa designación social de "lo popular", el resultado es la autobiografía popular.

La primera parte del título, "dilemas," evoca algunas de las posiciones de dificultad que se le presentan a escritores y lectores de la autobiografía popular. Me atrevería a hacer unas simples observaciones sobre dos de estas posiciones, que podríamos denominar dilemas de propósito y de testimonio. Con esto me refiero a los conflictos y complejidades inherentes en, primero, las intenciones de los autores de las autobiografías populares, y segundo, en las prácticas disciplinarias de aquellos historiadores que acuden a estas obras como fuentes para sus investigaciones.

Las observaciones que ofrezco a continuación se basan en un estudio que publiqué recientemente sobre la escritura autobiográfica de artesanos europeos desde los siglos XV al XVIII⁴. No pretendo que los hallazgos sean una serie de conclusiones cerradas; en realidad, mi libro alcanza pocas conclusiones, ya que su estatus corresponde a una exploración tentativa de los usos y posibilidades de la autobiografía popular como fuente de una historia social y cultural. Se trataría más bien de una reflexión en voz alta sobre estos temas, tocándolos de pasada cuando analicemos algunos textos en concreto.

Me encuentro aquí con mi propio dilema, el clásico problema al que todo historiador se enfrenta cuando intenta generalizar sobre lo particular. La autobiografía es un género cuyos practicantes han insistido desde siempre en su radical singularidad; el párrafo con el que comienzan las *Confesiones* de Rousseau, la afirmación de que no tiene precedentes, ni futuros imitadores, nos viene inmediatamente a la mente. Está claro que el que los textos individuales sean tan singulares es algo discutible. Sin embargo, no dudo que nadie discuta que las autobiografías representan un tipo especialmente particular de lo particular, y cuando se hacen incluso las generaliza-

² El término "ego-documentos" debe su actual popularidad a los esfuerzos incansables de promoción del que ha liderado los estudios en este tipo de documentos, Rudolf Dekker de la Universidad Erasmo de Róterdam. Entre sus muchas publicaciones, véase *Childhood, Memory and Autobiography in Holland: From the Golden Age to Romanticism* (Macmillan, Basingstoke, 1999), y más recientemente, "Jacques Presser's Heritage: Egodocuments in the Study of History", *Memoria y civilización*, 5, 2002, pp.13-37. Para una introducción más amplia sobre sus usos actuales, consultese *Ego-Dokumente: Annäherung an der Menschen in der Geschichte*, ed. W. Schulze (Akademie Verlag, Berlin, 1996).

³ En realidad, los textos autobiográficos podían ser de todos los tamaños y tipos. Incluso existían autobiografías de origen oral, y luego trascritas, aunque muchas de ellas no mostraban la espontaneidad que uno tiende a asociar con este género. Entre estas últimas encontramos las "trazas de vida" que, a veces, el Santo Oficio requería de sus prisioneros. Para una compilación (traducida) de este tipo de textos, véase *Inquisitorial Inquiries: The Brief Lives of Secret Jews and Other Heretics*, eds. y trad. R.L. Kagan y A.Dyer (Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2004).

⁴ *El vuelo de Ícaro: La autobiografía popular en la Europa Moderna*, trad. P Gil Quindós (Siglo XXI., Madrid, 2003). El texto original en inglés, *The Flight of Icarus: Artisan autobiography in Early Modern Europe* (Stanford University Press, Stanford, 1998), es mucho más extenso, y ofrece mayor documentación y bibliografía. El lector puede recurrir a cualquier de los dos textos para una exposición más detallada de lo que apunto a grosso modo aquí.

ciones más limitadas en relación con ellas, a uno no le queda más remedio que medir mucho sus palabras.

Deberíamos de dejar claro desde el principio que cuando se habla de autobiografía popular, lo que se está describiendo no es en realidad un corpus. La selección de más de doscientos textos que he ido recopilando en el curso de mi investigación no pretende ser global, y tengo la certeza de que se podrían encontrar más. La recopilación se ha hecho al azar, no de forma sistemática, y ni los autores, ni las obras pueden reclamar, si es que fuera posible tal reclamación, su pertenencia a la categoría de muestra, y mucho menos una muestra representativa. Sería más conveniente referirnos a ella como a un conjunto de textos, cada uno creado por una práctica similar de escritura y de lectura. Se trataba además de una práctica (debemos enfatizar el término) llena de contradicciones. Debido a que su existencia dependía de la resolución de una amplia gama de elecciones, era vulnerable desde diversos flancos a los dilemas, siendo los primeros dilemas de propósito. Me estoy refiriendo a los problemas planteados por las expectativas y los objetivos variados, y a veces hasta contradictorios, que obligan a las personas, en este caso a los miembros de las clases populares, a recurrir al acto autobiográfico, con la consiguiente dificultad que supone que los resultados se ajusten a las intenciones.

En vista de que esto puede resultar excesivamente abstracto, me gustaría llevarlo al terreno práctico y mencionar algunos textos en concreto. La noción de propósito nos lleva a un punto de partida casi obligatorio: las declaraciones de intenciones que se encuentran dentro de los propios textos autobiográficos. Los ego-documentos populares, como los que provenían de orígenes más elitistas, comentan a veces de forma explícita las razones de su existencia. Estos propósitos articulados-- lo que Georges May denomina los motivos "racionales" de la escritura en primera persona-- van por el mismo cauce que la gama de impulsos autobiográficos que encontramos en los textos de élite, y por supuesto en ejemplares más modernos de este género⁵. Entre la maraña de motivos, se puede hallar un catálogo familiar de intenciones explícitas. Entre éstas sobresalen:

- el deseo de registrar los designios de la providencia, tanto si le acontecen a un individuo o a una colectividad (los primeros vendrían ejemplificados mediante diarios espirituales y autobiografías, los segundos mediante memorias de pestes y otras catástrofes);
- el deseo de fijar y perpetuar de manera concreta la memoria familiar, así como de servir de guía a hijos y otros descendientes como, por ejemplo, el libro *Lebensbeschreibung* de Thomas Platter, un campesino suizo del siglo dieciséis que llegó a convertirse en cordelero, maestro e impresor. Platter redactó su vida en forma de carta llena de consejos morales y prácticos y dirigida a su hijo y después futuro autobiógrafo, el médico Felix Platter;
- la defensa y justificación de las acciones propias de uno, que abarcaría desde, de nuevo, la administración del patrimonio familiar hasta el comportamiento

⁵ G.C. May, *L'Autobiographie* (Presses Universitaires de France, París, 1979), pp. 41-48.

público de más alta categoría (un buen ejemplo lo encontramos en el acertadamente llamado *Apología* del cirujano real parisino Ambroise Paré); y

- la necesidad de registrar acontecimientos inusuales y visiones maravillosas, que encontramos sobre todo en relatos de viajes y memorias bélicas.

Ni que decir tiene que éstas sólo son algunas de las múltiples explicaciones de su existencia aducidas en las mismas páginas de las autobiografías, y se podría encontrar otras muchas. Como dijo Freud: “en el mundo de la realidad, una complicación de motivos es la regla”⁶.

Freud también nos diría que había, con toda seguridad, otros propósitos menos articulados. Algunos de los motivos implícitos, y a veces escondidos, de la autobiografía se revelaban dentro del texto. Otros, sin embargo, tienen que ser reconstruidos desde fuera. Por citar tan sólo un ejemplo, la obra que es el objeto central de mi estudio, una mezcla de diario y crónica de Barcelona escrita por el maestro zurrador de pieles Miquel Parets entre 1626 y 1660, no contiene declaraciones explícitas sobre su propósito, más allá de un comentario en la página inicial. En ésta dice que el manuscrito contiene “coses dignes de memòria”, lo cual era una invocación bastante común en la época. En este caso el que estudia el pasado autobiográfico tiene pocas opciones, salvo hacer conjecturas razonadas mediante el estudio de los contextos, tanto el literario como el social, en los que se movió el autor. Con respecto al primero, la obra de Parets toma otro cariz cuando se lee junto con otros documentos similares, como las crónicas de Jean Burel, padre e hijo y Antoine Jacmon, todos maestros zurradores (como Parets) que vivían en la ciudad de Le Puy-en-Velay en el sur de Francia en los siglos XVI y XVII. Con respecto al segundo, encontramos una serie de acontecimientos en la vida del barcelonés, con independencia de cómo aparecen registrados en su relato, que nos sugieren algunas pistas sobre sus propósitos como escritor. Su intervención activa no sólo en cuestiones gremiales, sino también en la política local (dos actividades, o deberes, heredados del padre), en un periodo especialmente dramático en la historia de su ciudad natal, parece haber sido un gran acicate para que decidiera ponerse a escribir. Este interés en lo público nos ayuda también a entender el marcado tono impersonal que impregna a su crónica. Sólo hace uso de la primera persona en dos ocasiones: la primera en una serie de notas sobre la familia y sobre otros asuntos más personales y que inserta en tres puntos del texto; la segunda cuando relata de forma muy emotiva lo que tanto él, como su familia sufrieron durante la epidemia de peste de 1651⁷.

Otros propósitos parecen deberse a las circunstancias que rodean la redacción y la circulación de dichos textos. Cabría hacer hincapié en que muchos autores se dedicaron a la escritura autobiográfica porque la veían como un deber, a menudo heredado de otros. Estos otros solían ser amigos, compañeros de trabajo, o, con más probabilidad, familiares que les encomendaron la tarea de poner por escrito la memoria de su linaje, casa, gremio o las otras identidades colectivas en las que participaron.

⁶ S. Freud, “Dora (1905)”, en *Case Histories I*, ed. A. Richards, trad. A y J. Strachey (Penguin, Londres, 1990), p. 95.

⁷ Para éste último, véase M. Parets, *Dietari d'un any de pesta*. Barcelona, 1651, eds. J.S. Amelang y X. Torres i Sans (EUMO, Vic, 1989).

Shakespeare llamó una vez a este tipo de documentos “the living record of your memory”; parece casi accidental que encontremos esta frase en uno de sus sonetos (nº 55), uno de cuyos temas principales es la inmortalización no sólo del autor sino también de otros mediante el acto de escribir.

La autobiografía popular se caracteriza por esa misma mezcla de elementos internos y externos. A menudo nos confundimos cuando asociamos este tipo de escritura con el individualismo triunfante de la modernidad. Ningún hombre, y mucho menos un artesano moderno, es una isla. Muy pocos escritores intentaron escribir aislando-se de los mundos múltiples a los que pertenecían. La autobiografía popular era, en gran medida, una expresión individualizada de las experiencias del autor dentro de una amplia gama de círculos que se solapaban; círculos que se iniciaban con el pasado y presente de la familia del autor y que rápidamente se extendían hasta abarcar un universo social más dilatado. Su alcance no era, por tanto, ni totalmente privado, ni público. Dichos textos les revelaban a sus lectores una especie de esfera pública muy personal, en la cual, y mediante escritura privada o doméstica, muchos autores esperaban poder registrar, o comentar, y quizás incluso intervenir en asuntos de reconocido carácter público.

Una expresión individual que era al mismo tiempo plural; una escritura personal que a menudo venía marcada como impersonal; una escritura privada que rara vez eludía algún tipo de dimensión pública; un discurso de y sobre uno mismo que iba más allá de uno mismo: éstas son, apenas, algunas de las paradojas que planteaba la autobiografía tanto para la gente común como para sus superiores sociales. Una de las sorpresas con la que nos topamos, y no la más pequeña, es el hecho de que la escritura en primera persona de la era moderna era rara vez autobiográfica; o al menos, en el sentido moderno de autobiografía entendida como narrativa retrospectiva que despliega en orden cronológico la evolución interior de un autor-sujeto identificado de forma consciente. Pocos textos de este tipo se escribieron con anterioridad a la revolución rousseauiana, aunque me atrevería a decir que la radical novedad de Rousseau, dentro de su importancia, se ve de distinta manera cuando se considera la substancial tradición de autobiografía popular que él mismo heredó. Las autobiografías de la Edad Moderna-- y los textos escritos por artesanos no son ninguna excepción-- respondían claramente a un conjunto de convenciones y expectativas diferentes de las con que se midieron las autobiografías de los siglos XIX y XX, y sería un error considerar estos primeros intentos exclusivamente como antecedentes de lo que luego vendría después.

¿Por qué hay que denominar, entonces, a estos propósitos y a sus paradójicos resultados literarios "dilemas"? Las declaraciones de intenciones, de forma explícita o entre líneas, ofrecen con frecuencia un comentario fragmentado, pero contundente sobre un cambio precario y ambivalente: la transformación del artesano en escritor. La actividad escritora implicó para muchos artesanos un desplazamiento múltiple. Significaba la presunción de una nueva identidad personal, y a veces, social, la del autor. También significaba moverse por un nuevo espacio, y, quizás, aspirar a un

estatus nuevo y bastante ajeno. (Es aquí, obviamente, donde empieza a divergir la experiencia de los autores populares y la de los miembros de las élites culturales y sociales). Una forma de aproximarse a la cuestión es la de visualizar los ego-documentos como si trataran de habitar espacios textuales particulares y marcadamente ambiguos. La metáfora espacial es especialmente apropiada, a mi entender, porque nos recuerda que la autobiografía era una actividad considerada impropia de zapateros (zapatero a tus zapatos), que no tenían derecho a valerse a través de la escritura. Además, para los artesanos y para otros muchos que no pertenecían a las clases ociosas el acto de escribir se realizaba en condiciones físicas y temporales bastante difíciles; esto nos trae a la memoria la memorable evocación de Virginia Woolf de que las mujeres necesitan “una habitación propia” desde la cual pudieran reafirmar, organizar e influir en su propia existencia⁸.

Este espacio a los aspirantes surgidos de las clases bajas les parece, a menudo, prohibido. Es por ello que nos encontramos con el recurso constante a una retórica de la intrusión, la violación y la disculpa en los escritos personales de artesanos (muy cercana, repetimos, a la que aparece con intensidad similar en la escritura personal de las mujeres durante el mismo período). Sin embargo, sería un error no darle una segunda lectura a esta retórica. Me he referido a esta situación denominándola “dilema” porque había en ella elecciones reales, elecciones rodeadas de una inseguridad considerable. La autobiografía popular abrió un espacio textual altamente dinámico y también impredecible, que inspiraba tanto esperanza como miedo. Aunque los que se atrevían a practicar la auto-escritura se arriesgaban a ser castigados por su intrusión en dominios vedados a las aspiraciones de los artesanos (de ahí lo apropiado que resulta el símil de Ícaro y su tan arriesgado vuelo), también cosechaban beneficios. Una consecuencia es que la autobiografía popular se puede interpretar como un archivo de movilidad, un registro de los cambios en status social y en las expectativas personales, familiares y sociales. Muchos autobiógrafos artesanos consideran que sus escritos son un medio para controlar las diversas esferas en las que habitan. Por tanto, “la literatura del yo” fue, o podía esperarse que fuera, de forma razonable, no sólo un instrumento de auto-sustento, sino también de auto-transformación. Fue, en resumen, un recurso para la esperanza, un medio de cumplir aspiraciones que iban de lo estrictamente personal a lo ampliamente político.

Me temo que este enfoque sobre los usos de la autobiografía suene demasiado funcionalista. La interpretación que se puede hacer de esta, o de cualquier otra forma de escritura no debe limitarse a su instrumentalización. He hecho hincapié en averiguar cuáles son los beneficios y las pérdidas de la autobiografía popular como medio que subraya su ineludible valencia social. Ninguna forma de escritura nace de la nada. Más bien, toda escritura de la era moderna, incluso la más privada, personal e idiosincrásica se encuentra con protocolos literarios que dictan estrictas jerarquías de género, de estilo y de los contenidos que se asemejan mucho a las jerarquías del rango social. Debemos de tener siempre en cuenta estos condicionantes cuando lee-

⁸ Convendría señalar que Woolf se destacó como escritora “autobiográfica”, tanto por la redacción de varios diarios extensos y otros textos personales, como por incorporar su propia experiencia a la ficción. Sobre su autobiografía propiamente dicha, encontramos declaraciones breves pero reveladoras en sus *Moments of Being*, ed. J. Sculkind (Harcourt Brace and Co., San Diego, 1985).

mos este tipo de textos. No hacerlo podría llevarnos a una interpretación anacrónica; como por ejemplo, se hizo en el debate tan manido sobre la presencia o ausencia de sentimientos afectivos en las familias de la era moderna, y en el que se le exige a la autobiografía una tarea que no puede cumplir⁹.

La mala interpretación del texto nos lleva al segundo dilema, el del testimonio. Muchas páginas se han escrito ya sobre el testimonio, y no tengo nada nuevo que aportar¹⁰. Es un término con muy variadas resonancias, entre ellas religiosas (y por supuesto bíblicas), legales, y de otros tipos; y no nos sorprende saber que ha llamado, desde siempre, la atención de los historiadores. Sin embargo, el testimonio autobiográfico no siempre se ha considerado una fuente apropiada para el historiador. En realidad ha sido más bien al contrario. Si se me permite hacer una referencia autobiográfica propia, puedo recordar como algunos de mis colegas historiadores descartaban la obra clásica de Carlo Ginzburg *El queso y los gusanos* arguyendo que Menochio no era un “típico campesino”. Las autobiografías recibían el mismo tratamiento que recibían las singulares ideas de Menochio. De hecho, cuando comencé mis estudios de historia la autobiografía gozaba de poca credibilidad. Era rechazada, menos por su naturaleza “subjetiva” en vez de “objetiva”—esta terminología ya estaba algo anticuada— que por su referencia a la experiencia individual en vez de a la colectiva. En otras palabras, la autobiografía, aunque no fuese del todo olvidada, era considerada una fuente menor y auxiliar que no debía preferirse por encima de documentos y textos más “representativos”. Su problema principal estribaba en que se cenía a lo particular en un momento en que los historiadores se sentían obligados de oficio a tratar lo general.

Ha llovido mucho desde entonces y hoy día la autobiografía ya ocupa un lugar, incluso, diríamos, de privilegio dentro de la jerarquía de las fuentes. Su popularidad actual es suficiente como para sugerir que se ha producido no sólo un cambio de rumbo historiográfico, sino también, que hay en marcha cambios más profundos que siguen favoreciéndola. Estos han sido etiquetados de varias maneras: postmodernismo, el renacer de la narrativa, la microhistoria y otros por el estilo. Sin embargo, un examen más profundo y exhaustivo de la fortuna cambiante del testimonio personal en la escritura histórica, especialmente a largo plazo, debería problematizar, usando un término de moda, la creciente aceptación de la autobiografía como fuente. Podemos encontrar muchos otros hitos en el recorrido historiográfico del testimonio personal. Aún así, estos no dan lugar a una línea de desarrollo clara y recta, y mucho menos a una teleología fija. Diríamos, más bien, que reflejan una serie de tensiones permanentes dentro del estudio del pasado sobre la naturaleza de las pruebas, la aceptación y verificación de la evidencia y los medios y motivos de aquellos agentes históricos que, dándose o no cuenta, se convierten en testigos.

⁹ Ofrezco algunas observaciones resumidas sobre esta cuestión en “Actitudes populares hacia la familia en la Europa Moderna: la evidencia autobiográfica,” en F. Chacón Jiménez, J. Hernández Franco y A. Peñafiel Ramón, eds., *Familia, grupos sociales y mujer en España, S. XV-XIX* (Universidad de Murcia, 1991), pp. 137-147.

¹⁰ De todos modos, que sepa yo no existe ninguna revisión sistemática de la evolución del concepto de testimonio en la escritura histórica. Las obras de Marc Bloch constituyen sin duda un punto de referencia obligado. Vease, en concreto, su precoz ensayo de 1914, “Critique historique et critique du témoignage”, reproducido en *Annales ESC*, 5, 1950, pp. 1-8. Para algunas reflexiones preliminares sobre el testimonio con relación a la cuestión de la autobiografía popular, consultese mi “Popular Autobiography in Early Modern Europe: Many Questions, a Few Answers”, *Memoria y Civilización*, 5, 2002, pp.101-118.

El uso de los ego-documentos populares como fuente de información plantea muchas cuestiones difíciles. Una que aparece de forma particularmente recurrente es: ¿qué hay de popular en la autobiografía popular? Cuando los artesanos escribían sobre si mismos y sus circunstancias, adaptaban una práctica discursiva muy extendida en toda la sociedad moderna. Los recursos personales y literarios que aportaron a esta empresa diferían de aquellos que utilizaban sus superiores; el repertorio de registros lingüísticos, y la cita de referencias cultas, por mencionar tan sólo dos de estos recursos, eran claramente más limitados. Sin embargo, lo que escribieron los artesanos no sólo nos revela las tensiones, promesas y derrotas de la confrontación popular con la tradición y el cambio, experimentado tanto a nivel individual como colectivo. Dio lugar también a nuevas formas de contar el pasado, a veces desafiando abiertamente los énfasis y silencios de los historiadores contemporáneos. Las líneas que dan comienzo al *Diario* del vidriero parisino Jacques-Louis Ménétra (1738-1802) dicen así:

"Escribir la verdad tal como la veo significa no hablar de blasones ni heráldica. Me olvido de mis antepasados y no busco embellecer mi nombre con títulos vanos. Nací el 13 de julio de 1738 en esta gran ciudad. Mi padre pertenecía a la clase habitualmente llamada "los artesanos". Su oficio era el de vidriero. Así es con él con quien comienzo mi árbol genealógico y no diré nada sobre mis antepasados..."¹¹

Un registro ligeramente diferente, un cruce entre Stendhal y el Buen Soldado Schwejk, al que le falta la clara beligerancia de Ménétra, podemos encontrarlo en su contemporáneo, el campesino y vendedor de paños suizo Ulrico Bräker. Cuando describía la batalla de Pirna (1756), en la que tomó parte, aconsejaba a su lector que

"No deberías esperar de mí una descripción detallada de nuestro campamento ... Para eso podrías consultar ese Volumen heroico, político y biográfico de Federico el Grande. Yo sólo escribo sobre lo que he visto, lo que pasó justo en mi alrededor y lo que me afectó a mí mismo. Sobre cosas más importantes, los tipos normales y corrientes como yo éramos muy ignorantes. Tampoco nos importaba mucho. Lo único que me interesaba a mí y a tantos otros como yo era ¡cómo demonios escapar de todo esto y volver a casa!"¹²

Si comparamos estos textos con otros intentos parecidos, como el semi-autobiográfico *La vie de mon père* (1779) de Restif de la Bretonne, veremos que los autoígrafos populares no sólo escribieron sobre sus mundos, sino que también ofrecieron una alternativa a las historias existentes, una alternativa que nos situaría a más de uno al final de su árbol genealógico¹³.

¹¹ Cito de la traducción inglesa, *Journal of my life*, ed. D. Roche, trad. A. Goldhammer, con prólogo de R. Darnton (Columbia University Press, Nueva York, 1986), p.18 (se ha añadido la puntuación).

¹² Vuelvo a citar de una traducción, *The Life Story and Real Adventures of the Poor Man of Toggenburg*, ed. y trad. D. Bowman (University Press, Edinburgh, 1970), p.134.

¹³ Compare estos experimentos con las iniciativas que se discuten en "Storia particolare e storia universale: in margini ad alcuni manuali di storia delle donne," *Quaderni Storici*, 74, 1990, pp. 341-85, de Gianna Pomata, que sitúa en las novelas y memorias de finales del siglo dieciocho una aproximación "particular" al pasado, en clara oposición a la escritura histórica "universal" de las élites masculinas.

En resumen, muchos, aunque, ciertamente, no todos los autobiógrafos populares anticiparon nuestro dilema sobre el testimonio ofreciéndose como testigos ante el tribunal de una historia nueva y diferente. La autobiografía escrita por artesanos, dentro de la gran variedad existente, alberga muchas ambigüedades. Pero reside, también, en su núcleo una declaración común de valores: una reafirmación del valor que tienen las creencias, los sentimientos y los comportamientos populares y que como tales hay que prestarles atención. En muchos aspectos, este acto de auto-afirmación por parte de los autobiógrafos populares constituyó su divergencia más radical con respecto a las expectativas contemporáneas. Al mismo tiempo era la respuesta más contundente no sólo a sus dilemas, sino también a los nuestros.